

¿Cómo es la traducción literaria?

Traducir obras literarias es un desafío por demás interesante. Es ideal especializarse y luchar por una remuneración acorde con la labor realizada, ya que es un campo donde, a veces, se trabaja «por amor al arte». Algo fundamental: no debemos sentir temor de enfrentarnos a grandes obras de la literatura cuando se presente la oportunidad de traducirlas.

| Por el **Traductor Público Jorge Rafael Abuchedid**, Integrante de la Comisión de Traductores Noveles

El lugar que ocupa la traducción literaria en la consideración de los traductores profesionales y de los actores del mercado de la traducción está signado por la ambivalencia. Para muchos traductores, la noción de traducir obras literarias en toda su variedad representa una especie de cota inaccesible, una empresa de suma dificultad reservada para unos pocos eruditos con el conocimiento y el genio que exige nuestra labor en su máxima expresión artística. Al mismo tiempo, persiste cierta noción de que quienes traducen literatura lo hacen, en gran medida, más «por amor al arte» que como fuente de trabajo estable. Así, la figura del traductor literario queda un tanto reducida a la de un mero entusiasta que desarrolla su labor por placer y no como profesional competente, con las características propias de los traductores que se dedican a ramas más «formales», como la traducción pericial, económica, médica, etcétera. La realidad muchas veces adversa del mercado editorial en la Argentina, así como la falta de un marco jurídico propicio para el traductor profesional, parecen dar entidad a este preconcepto. ¿Pero qué hay de cierto en todo ello?

¿Traducción literaria o traducción editorial?

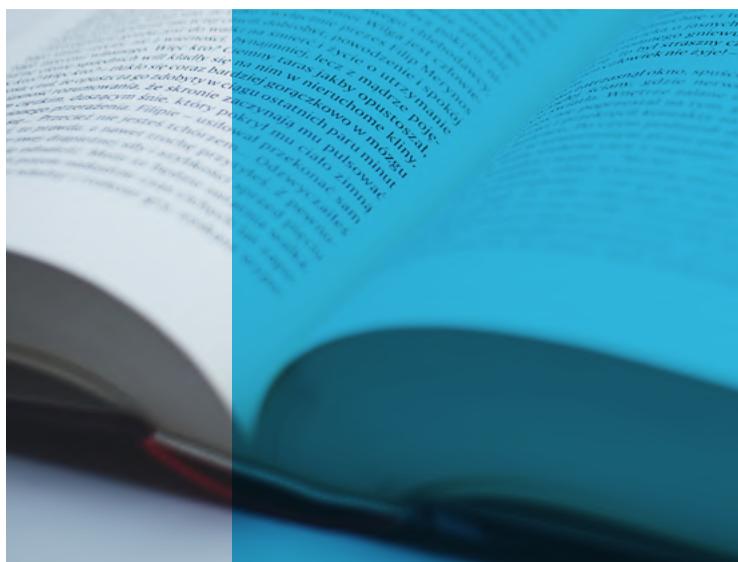
Para empezar, me parece pertinente hacer una aclaración sobre qué podemos entender por traducción literaria. Al igual que muchos colegas, considero que en el ámbito profesional sería pertinente hablar de «traducción editorial» más que de «traducción literaria», ya que la primera alude a un marco más amplio

que engloba a ciertas obras que no son propiamente de ficción, pero que suelen asociarse al mundo editorial, académico o artístico. Por caso, escritos de no ficción, como ensayos, biografías, correspondencia, artículos periodísticos, o de ficción en formatos distintos a los de un libro, como guiones teatrales para la actuación u óperas y otras obras musicales, por nombrar solo algunos ejemplos, podrían requerir la competencia de un traductor literario sin ser «literatura» en sentido restringido. Lo mismo ocurre, a mi criterio, con la filosofía, cuyo contenido exige conocimiento y vocabulario técnicos, pero suele conllevar también un cuidado y una carga semántica en la forma que la acerca, quizás más que cualquier otra disciplina académica, al campo literario. Por lo tanto, si bien de aquí en más hablaré de traducción literaria por razones de convención, cabe aclarar que me referiré a este mundo mucho más amplio de la traducción editorial.

Las características del traductor literario

Volviendo a lo que nos ocupa, siempre me resultó curioso ese respeto temeroso que muchos colegas sienten por la traducción literaria. Es notable que, cuando se habla de «traductores famosos», los primeros nombres que vienen a la mente, tanto de los profesionales como del público general, son grandes figuras de la literatura mundial. Por dar unos pocos ejemplos manidos: Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, John Dryden, George Chapman, Charles Baudelaire, Vladimir Nabokov (sin mencionar al mismísimo San Jerónimo). En cierto sentido, el respeto temeroso no es para menos...

En general, cuando los manuales sobre filosofía del lenguaje o traductología se refieren a los límites de la traducción, el campo que más se acerca a esos límites y cruza la frontera de lo posible es justamente la literatura. No es difícil ver por qué: el lenguaje técnico-científico tiende a buscar la precisión, la concisión, la univocidad, a transmitir un mensaje explícito que evite una variedad de interpretaciones y a elaborar una forma más o menos fija que esté siempre al servicio del contenido. (Un curioso caso excepcional es el de la traducción jurídica, en ciertos aspectos, pero eso responde a otras cuestiones). El lenguaje literario, por el contrario, elude todas esas consideraciones pragmáticas y se vuelve más rico cuanto más alusivo y cargado de contenido, explícito e implícito. Muchas veces, la ambigüedad se vuelve



aquí un valor. En el arte, contenido y forma van a la par, y esta última tiene carga significativa en sí misma. El caso más extremo es, sin duda, el de la poesía, y es el que más suscita lamentos por la imposibilidad teórica de la traducción.

Salteando estas consideraciones, que a gran parte del público les pueden resultar aburridas y harto abstractas (no puedo culpar a nadie por ello), la realidad es que la traducción literaria existe y ciertamente no es necesario ser un gran genio para ejercerla. Como todas las ramas de la traducción, precisa de inmersión en el tema por abordar y de un buen conocimiento del léxico específico en las lenguas fuente y meta. En esto no es diferente de las disciplinas técnico-científicas: si el perito traductor ha de conocer el lenguaje formal propio de un exhorto o de una sentencia, el traductor literario ha de conocer las características del contexto lingüístico de cierto autor; si el traductor de aeronáutica debe leer manuales para estar familiarizado con las partes que componen una aeronave, el traductor de filosofía debe leer incesantemente para familiarizarse con el léxico de tal o cual corriente; si al traducir medicina bueno sería tener una noción de que una «angioplastia coronaria» se refiere al corazón y no a otra parte del cuerpo, al traducir un texto literario plagado de alusiones extralingüísticas bueno sería tener una noción de aquello a lo que se refieren.

¿Cómo es la traducción literaria?

Quizás la característica más distintiva del traductor literario sea su sensibilidad para percibir (y reproducir) aquello que está implícito en un texto. Por más variedad de vocabulario y conocimiento de las referencias que se tenga, una traducción que haga caso omiso de las connotaciones subyacentes en la obra literaria será deficiente. En este aspecto, la traducción literaria se aparta de la traducción técnico-científica. Pero esta capacidad de percepción, de leer entre líneas, no es algo con lo que se nace; como toda disciplina académica, se aprende con la lectura. Otra comparación pertinente: haciendo a un lado la cuestión del vocabulario específico, es probable que el ingeniero químico estructure su pensamiento de manera distinta de la de un traductor no especializado en química. En un principio, el traductor que quiera dedicarse a la química tal vez no esté acostumbrado a pensar a la manera de un ingeniero, aun si cuenta con un buen conocimiento del tema y del léxico. Pero con el tiempo y la experiencia, más allá de comprender mejor el objeto propio, se irá apropiando de la estructura lógica de un ingeniero, tan distinta de la de un traductor. Así también el traductor literario, a través del ejercicio de la lectura, va ganando sensibilidad a percibir la pluralidad de sentidos que pueden estar escondidos bajo la capa superficial del texto.

Por todo esto, considero que el «respeto temeroso» que infunde esta disciplina en muchos traductores no debe desalentarlos y llevar a ver la traducción literaria como una especialización reservada para unos pocos. Por más peculiaridad teórica que distinga a la traducción del lenguaje como arte, nada hay que con sumo interés y estudio no pueda abordarse de manera satisfactoria.

¿Cómo puede trabajar el traductor literario?

«Nadie vive de traducir literatura», he oído decir (más de) una vez. Este es otro preconceito muy difundido sobre esta disciplina y uno que, lamentablemente, tiene un poco más de cierto que los demás. En esto conviene ser muy sinceros y hablar sin tapujos: en nuestro país, las tarifas a las que puede acceder el común de los traductores literarios son, en promedio, sensiblemente más bajas

que las de sus colegas de otras especializaciones. Esto es, sin dudas, el aspecto más contradictorio en un campo que, como vimos, suele tildarse de «difícil».

No pretendo entrar en detalle sobre este asunto (ni estoy capacitado para ello), pero es una situación que responde a la realidad del mercado editorial en la Argentina y el escaso o nulo rédito que se puede obtener con ciertas publicaciones, si se considera la demanda y el costo de producción. Esto, desde ya, afecta el valor que se abona por la traducción. Otro factor que contribuye a la posición desfavorable del traductor literario es el marco jurídico precario en torno a los derechos de propiedad intelectual sobre las traducciones. Además, como ocurre también en otros campos, es frecuente observar la intervención de personas que tal vez tengan un excelente dominio de las lenguas fuente y meta, pero que no se han formado académicamente como traductores y que, por ende, carecen de las competencias necesarias para nuestra labor. La conjunción de todos estos factores tiende a socavar la figura del traductor literario como profesional y, como en un círculo vicioso, lo deja en una posición desfavorable a la hora de negociar las tarifas merecidas por su labor. De ahí que surja esta idea de que quienes traducen literatura lo hacen solo «por amor al arte».

¿Nos queda entonces solo resignarnos a esta realidad adversa y conformarnos con contribuir a aquello que nos apasiona, esperando solo una escasa remuneración a cambio? No lo creo, en absoluto. Pienso que el traductor literario debe tomar esta situación de desventaja como un incentivo para perfeccionarse cada vez más en su tarea y buscar las maneras de profesionalizarla. Una forma de hacerlo es, por supuesto, buscar una especialización dentro del campo literario. Al restringir nuestro objeto de estudio y enfocarnos en un subgénero particular, la especialización nos permite obtener un conocimiento mucho más profundo de esas temáticas y nos coloca en un lugar de exclusividad que facilita la tarea de darnos a conocer en determinado ambiente. Así, por ejemplo, quien decida dedicarse específicamente a la traducción de obras de teatro puede abordar con mayor precisión todo lo referido al texto teatral, a los códigos y las técnicas de la representación y la puesta en escena y, más aún



en particular, a determinado género. De esa manera, el traductor puede posicionarse como un especialista en la materia, algo que, en la ciudad de Buenos Aires, uno de los lugares donde más obras teatrales se representan en el mundo, constituye sin dudas una ventaja.

Otra consideración importante en el mercado editorial es generar contactos. Las editoriales tienden a seleccionar traductores con base en la experiencia y las recomendaciones; rara vez funcionará postularse tan solo con un *curriculum vitae*. Para superar esta barrera, ya vimos que la especialización es un método muy recomendable. También se puede pensar en contactarse con editoriales más pequeñas, pero dedicadas en particular a los temas que nos resulten interesantes o en los que nos especialicemos. Estas editoriales tenderán a ser más receptivas con los traductores que se dediquen a los mismos campos y que puedan acreditar alguna experiencia, aunque sea informal, con trabajos de temática específica. Por ejemplo, si alguna vez hicimos traducciones como voluntarios para alguna revista dedicada a la psicología, sería una buena idea buscar editoriales que se basen en publicaciones sobre ello y demostrar nuestra familiaridad o interés y preparación con respecto al tema.

Por último, una de las formas más sencillas y eficaces para darse a conocer es aprovechar las facilidades del correo electrónico y las redes sociales para contactar directamente a los autores. Si conocemos la obra de un autor que nos atrapa y cuyos trabajos no están traducidos a nuestro idioma, podemos pensar en escribirle y hacerle saber de nuestro interés por él. Por supuesto, la mejor idea no sería ofrecer nuestros servicios sin más, sino comentar primero cómo conocemos su obra, por qué nos atrae, y luego, tal vez, pedirle permiso para traducir algún fragmento breve de su autoría, con el pretexto de usarlo para algún fin no comercial (por ejemplo, para tenerlo como ejercicio en una clase o para escribir una reseña). En caso de mostrarse favorable, podremos mantener la correspondencia con el autor y, quizás, darle a conocer más sobre nuestros servicios.

En mi breve experiencia, esta estrategia de contacto directo no redundará sin más en poder acceder a traducir obras completas de los autores, aun si se mostraran dispuestos a ello, principalmente porque en la enorme mayoría de los casos son las editoriales las que retienen los derechos de publicación de sus obras. Entonces, es una decisión que depende del interés de la editorial y de la posibilidad de hallar otra editorial para nuestro idioma que desee afrontar los costos de la traducción y publicación de la obra. A pesar de ello, no deja de ser una excelente estrategia de publicidad. En primer lugar, porque los autores (sobre todo, cuando no son tan conocidos para el público general) suelen apreciar que existan personas interesadas que decidan escribirles. En segundo lugar, porque, si generamos confianza con el autor, nos habremos hecho de un contacto muy importante que puede abrirnos las puertas a otros potenciales trabajos y hará que nos conozcan poco a poco en los círculos relacionados con él. Debemos tener en cuenta que es siempre un camino que lleva tiempo y, por supuesto, desazones; sin embargo, con persistencia y una formación sólida, llegará a rendir sus frutos.

Conclusión

La traducción literaria es un mundo fascinante que, como toda profesión, trae consigo sus gozos y sus desafíos muy particulares, pero que, incluso en sus desafíos más intrincados, constituye una verdadera pasión para quienes la cultivan. Todos aquellos que trabajamos o queremos trabajar en ese mundo deberíamos buscar formarnos siempre en pos de la profesionalización de nuestra tarea y alentar a nuestros colegas a interesarse e interiorizarse en lo que tanto nos apasiona. Para ello, necesitamos correr el velo del «respeto temeroso» y abogar por un mercado laboral más justo. Si este artículo logra algo tan pequeño como generar algo de curiosidad en alguno de mis colegas, me dará por satisfecho. ■